

Y así por mi familia desdichada
 Y por su padre Jove, que en contorno
 Del ancho mundo su dominio estiende
 Gobernando el olimpo, y todo el globo,

Y en fin, por las cenizas de tu padre,
 Mi amado tío, que en feliz reposo
 Te deben descansar, despues que fuerte
 A su vil matador lanzaste al Orco;

Juro, que he de morir en mi edad jóven
 Con muerte prematura (oye mis votos),
 O no he de ser esposa de otro alguno
 Que de mi Orestes, á quien firme adoro.



 HEROIDA NONA.

ARGUMENTO.

Hércules, ó Alcides, hijo de Júpiter y Alcmena muger de Anfitrión, perseguido por la diosa Juno y el rey Euristeo, despues de haberse casado con Deyanira, hija de Oeneo, rey de Calidon, y de haber limpiado la tierra de monstruos y tiranos, se rindió al amor de Yole, princesa de Ecalia, degradándose como lo habia hecho antes amando á Onfale. Deyanira sabiendo sus amores le envió una túnica tinta en sangre del centauro Neso, creyéndola propia para recobrar su cariño, y despues le escribia esta carta afeándole su degradacion sin disimular sus celos: al estarla escribiendo tuvo la nueva de que la túnica habia causado la muerte á su esposo, y desesperada de lo que habia hecho, se quita la vida.


~~~~~

DEYANIRA

Á

HERCULES.

---

Me complazco en que añadas á tus glorias  
Que la ciudad de Ecalia á tí se rinda;  
Pero de que se rinda me lamento  
El bravo vencedor á una vencida.

De Grecia á las ciudades ha llegado  
La voladora fama muy aprisa,  
Mas tan desfigurada, que la dejan  
Tus conocidos hechos desmentida.

Al que la misma Juno no venciera,  
Ni una crecida serie de fatigas,  
Cuenta la fama, que la débil Yole  
Ha subyugado ya con ignominia.

Esto quisiera el rígido Euristeo,  
Y esto quisiera Juno tu enemiga,  
Que como tu madrastra, de que habieras  
Mancillado tu honor se alegraría.

Mas no así lo quisiera el alto Jove  
A quien sola una noche, reducida  
Pareció (si á esto crédito ha de darse)  
Para formar tus prendas peregrinas.

La no temida Venus te ha dañado  
Mas que la misma Juno vengativa;  
Pues esta persiguiéndote te exalta,  
Y aquella con vil pie tu cuello pisa.

Limpio de monstruos, de tiranos libre  
Por tu invicto valor, ó Alcides, mira  
El orbe, por do quier que el ancha tierra  
Es del glauco Nereo circunscrita.

La tierra y vastos mares por do quiera  
Que á tí te deben su quietud publican,  
Y las plagas de oriente y occidente  
De tu beneficencia están henchidas.



Al alto cielo que ha de sostenerte  
 Primero sustentó tu valentía,  
 y Atlas sostiene la estrellada esfera  
 Porque en los hombros de Hércules estriva.

Mas si un negro borron á manchar llega  
 El lustre de tus glorias primitivas,  
 ¿Qué has logrado con ellas? deshonrarlas,  
 Y tu vergüenza hacer mas conocida.

¿No cuentan que á dos hórridas culebras  
 Oprimiste con tiernas manecitas,  
 Cuando, ya digno del escelso Jove,  
 Aun en la cuna estabas todavia?

(ria?

¿Pues por qué has de acabar con menos glo-  
 ¿Tus hechos varoniles cederian  
 A los de tu niñez? ¿Qué diferencia  
 Entre el niño y varon tan inaudita!

Al que vencer mil fieras no pudieron  
 Ni del duro Euristeo las intrigas,  
 Al que no pudo Juno poderosa,  
 Ha vencido el amor ¡ó cobardía!

Con todo, por ser de Hércules la esposa  
 Muger afortunada me apellidan,  
 Y porque nuera soy del dios terrible  
 Que ardientes rayos del olimpo vibra.

Cuanto mal, bajo un yugo, en el arado  
 Novillos desiguales se combinan,  
 Tanto en el himeneo, humilde esposa  
 De esposo superior es oprimida.

No es honor, sino carga, tal consorcio;  
 Apariencia es que oprime á la que liga:  
 Y si alguna aspirare al himeneo,  
 Unase con su igual y tendrá dicha.

Mas conocido me es cualquiera huesped,  
 Que no mi esposo; pues la suerte mia  
 Quiere que ausente siempre fieros monstruos  
 Y horribles fieras sin cesar persiga,

Yo en la viuda mansion siempre ocupada  
 En sacrificios y plegarias pias,  
 Sin cesar sufro, y temo que mi esposo  
 Perezca al golpe de una mano inicua.

\*



Ya me figuro que las bravas sierpes,  
 Los ávidos leones que acuchilla,  
 Los javalís, ó canes de tres bocas  
 Lo devoran enmedio á la campiña.

Las fibras de las víctimas que inmolo,  
 Del sueño las imágenes ambiguas,  
 Y todos los presagios, que la noche  
 Hace nacer en mí, me aterrorizan.

Escudriño infeliz cuantos rumores  
 La vagarosa fama preconiza;  
 Y ora al temor supera la esperanza,  
 Y ora sobre ella el susto predomina.

Tu madre Alcmena ausente está, llorando  
 Haber sido de Jove tan querida,  
 Ni Anfitrión, tu padre, está conmigo,  
 Ni el hijo nuestro me hace compañía.

El rígido Euristeo, árbitro duro  
 Del encono de Juno y de las iras,  
 Me oprime rencoroso, y en mí pesa  
 El largo enojo de la injusta diva.

Mas tanto padecer aun no bastaba,  
 Tú tambien con rigor me martirizas,  
 Amando á mil estrañas, pues cualquiera  
 A tu infeliz esposa es preferida.

No las violencias que en Arcadia usára  
 Con Auge hija de Aleo, tu injusticia,  
 Diré, ni la que hicieras á Astidamia  
 Hija de Ormeno, desdichada ninfa.

Ni te acriminaré, porque de Tespis  
 Violó tu amor las numerosas hijas,  
 Sin que á ninguna de ellas, siendo tantas,  
 De atropellar dejára tu osadia.

Onfale, otra rival, con nuevo crimen  
 A tu esposa infeliz fue preferida  
 Por donde me forzaste á ser madrastra  
 Del fruto de ese amor, Lamo el de Lidia.

El Meandro que en lúbricos rodeos  
 Tan tortuoso se revuelve y gira  
 En unas mismas tierras, que parece  
 Que sus aguas se tornan á sí mismas;



Pender ha visto de Hércules al cuello  
 La femenil infame gargantilla;  
 Al cuello para el cual en otro tiempo  
 Pequeña carga el cielo parecía.

Ni se avergüenza los membrudos brazos  
 Adornar con inútiles manillas,  
 Ni los robustos y esforzados miembros  
 Engalanar con oro y pedrerías.

¿Y son estos los brazos que el aliento  
 Hicieron exhalar en cruda liza  
 Al nemeo leon, cuya piel bruta  
 Al hombro izquierdo bravo suspendías?

¿Y osaste aderezar tu áspero pelo  
 Con galas de mi sexo privativas,  
 Cuando á la sien de Alcides solamente  
 Del álamo las hojas convenían?

¿No juzgas cosa torpe acomodarte  
 Esa cintura, mugeril insignia,  
 A manera de jóven cortesana  
 Que aplausos desenvuelta solicita?

Cuando así te degradas ¿no te ocurre  
 De Diomedes la imagen asesina,  
 Que alimentaba bárbaro sus yeguas  
 Dándolas carne humana por comida?

Si Busiris llevar te hubiese visto  
 Ese trage de frágil mugercilla,  
 ¿O cuánta el vencedor afeminado  
 Confusion al vencido causaríal

Del duro cuello te arrancára Anteo  
 Ese collar tan propio de una niña,  
 Porque se avergonzára en ser vencido  
 De hombre que en tanto extremo se afemina.

Entre las camareras de tu Onfale  
 Se cuenta que también dócil te alistás,  
 Llevando el canastillo de la rueca,  
 Temeroso tal vez de que te riña.

¿No rehusa tu mano vencedora,  
 En mil y mil trabajos aguerrida,  
 Llevar ese cestillo delicado  
 En lugar de la clava que solías?



¿Tu tosca mano á manejar se aviene,  
La ruda lana que tus dedos hilan?  
¿Y lo hilado, por peso á tu señora  
Entregas, cual las otras lo practican?

¡Ah! cuantas veces al hilar tus manos,  
En mas noble ejercicio endurecidas  
El huso que manejan vigorosas  
Habrán entre los dedos hecho astillas.

Se dice ¡ó infeliz! que tembloroso  
Por el flexible azote que á la cinta  
Lleva pendiente tu ama, á sus pies puesto  
Temes sus amenazas, si se irrita.

Y que en postura tan humilde y baja,  
Con todo el aparato que se estila  
En los triunfos, refieres tus proezas,  
Que en traje tal mejor callar debias.

Cuentas como en la cuna, aun siendo niño  
Con mano desarmada y pequeñita,  
Oprimidas las fauces, sufocáras  
Dos culebras enormes y rollizas.

Cómo en el cipresífero Erimanto  
Yaciera al golpe de tu mano invicta  
El javalí de Arcadia, cuya mole  
La tierra en ancho trámite oprimia.

Ni callas el castigo de Diomedes  
Que á sus puertas fijaba, en larga fila,  
Los cráneos de los hombres que matára,  
Cuya sangre las aguas acrecia.

Ni al gaditano Gerion vencido,  
Rico en ganados, dueño de tres islas,  
Y triplicado monstruo, pues siendo uno,  
Tres cuerpos á la vez lo componian.

Cuentas tambien que impávido al Cerbero,  
Que tres cabezas en un cuerpo anima,  
Encadenaste sin que estorbo fuesen  
Las mil culebras que su piel erizan.

Y la Hidra lerneá, á quien fecundas  
Las heridas mas fuerzas infundian,  
Brotando á cada golpe mas cabezas,  
Que al fin ante tus pies quedó rendida.



Al invencible Anteo, cuyas fuerzas  
Del terrestre contacto dependian,  
Que elevado del suelo en la siniestra  
Sufocó de tu diestra la energia.

En fin la turma ecuestre de Centauros,  
Monstruos de forma humana y cabalina,  
De quien parte mataste, y de Tesalia  
Otra parte pusistes en huida.

¿Y vestido de púrpura sidonia  
Tantas hazañas, que valor respiran,  
Has podido contar, sin que tu lengua  
Al verte en ese trage se reprima?

Tambien la ninfa dicen que se adorna  
Con tus armas, y de ellas revestida  
Los trofeos ostenta, antes ilustres,  
Del que ya su cautivo denomina.

Ves ahora á contar tus fuertes hechos  
Con enfática y fiera altaneria, (bre,  
Despues que Onfale se transforma en hom-  
Porque tú de muger ya te acreditas.

Tanto mas inferior eres á Onfale  
Cuanto fue mas valiente bizzarria.  
Vencerte que el vencer ¡ó fuerte Alcides!  
A los hombres y fieras que vencias.

De Onfale son tus hazañosos hechos,  
De Onfale son tus glorias adquiridas;  
Ya no te alabes mas, pues de tus glorias  
Es heredera universal tu amiga.

¡O vergüenza! ¡O pudor! ¿la piel velluda,  
Que al leon arrancára tu osadia,  
A cubrir con su rígida aspereza  
Tan delicados hombros se destina?

Tú te engañas, Alcides, y lo ignoras:  
Esos despojos, no de la vencida  
Fiera son, sino tuyos, tú venciste  
Al leon, y á tí Onfale te domina.

Una débil muger, que apenas puede  
La rueca manejar de lana enchida,  
Maneja ya las matadoras flechas,  
De la fiera lerneá en sangre tintas.



Al invencible Anteo, cuyas fuerzas  
Del terrestre contacto dependian,  
Que elevado del suelo en la siniestra  
Sufocó de tu diestra la energia.

En fin la turma ecuestre de Centauros,  
Monstruos de forma humana y cabalina,  
De quien parte mataste, y de Tesalia  
Otra parte pusistes en huida.

¿Y vestido de púrpura sidonia  
Tantas hazañas, que valor respiran,  
Has podido contar, sin que tu lengua  
Al verte en ese trage se reprima?

Tambien la ninfa dicen que se adorna  
Con tus armas, y de ellas revestida  
Los trofeos ostenta, antes ilustres,  
Del que ya su cautivo denomina.

Ves ahora á contar tus fuertes hechos  
Con enfática y fiera altanería, (bre,  
Despues que Onfale se transforma en hom-  
Porque tú de muger ya te acreditas.

Tanto mas inferior eres á Onfale  
Cuanto fue mas valiente bizzarria.  
Vencerte que el vencer ¡ó fuerte Alcides!  
A los hombres y fieras que vencias.

De Onfale son tus hazañosos hechos,  
De Onfale son tus glorias adquiridas;  
Ya no te alabes mas, pues de tus glorias  
Es heredera universal tu amiga.

¡O vergüenza! ¡O pudor! ¿la piel velluda,  
Que al leon arrancára tu osadia,  
A cubrir con su rígida aspereza  
Tan delicados hombros se destina?

Tú te engañas, Alcides, y lo ignoras:  
Esos despojos, no de la vencida  
Fiera son, sino tuyos, tú venciste  
Al leon, y á tí Onfale te domina.

Una débil muger, que apenas puede  
La rueca manejar de lana enchida,  
Maneja ya las matadoras flechas,  
De la fiera lerneá en sangre tintas.



Y la clava de fieras domadora  
 Con blanda mano fatigosa enristra;  
 Y en vez de sus adornos, al espejo  
 Las toscas armas de su amante mira.

Por la fama estas cosas he sabido,  
 De la cual no fiarme bien podia;  
 Que ofende menos el dolor que al alma  
 Solo por los oidos se encamina.

Mas ¡ay! que ante mis ojos otra nueva  
 Y estrangera rival es conducida,  
 Ni ya disimular me es permitido  
 Lo que sufro y mis ojos averiguan.

Ni aun siquiera permites que se aleje  
 De la ciudad do estoy tu Yole altiva,  
 Porque sin duda quieres que mis ojos  
 La hayan de ver, por mas que lo resistan.

Ni viene, ya que viene la orgullosa,  
 Cual era conveniente á una cautiva,  
 Suelto el cabello y encubierto el rostro,  
 Publicando en su pena sus desdichas.

Entra al contrario tan de oro ornada,  
 Que aun desde lejos á mirarla incita,  
 Y engalanada con igual adorno  
 Al que te degradaba allá en la Frigia.

Se ofrece en espectáeulo al concurso,  
 Fiera de que al grande Hércules humilla:  
 Diráse al verla que, su padre vivo,  
 Del triunfo de su pátria se gloria.

Y tal vez, espulsada de la Etolia  
 Tu miserable esposa Deyanira,  
 De adúltera dejando el nombre odioso  
 El de tu esposa tomará la inicua.

Un famoso himeneo dos personas  
 Entonces unirá con torpe liga,  
 La del raptor, demente afeminado,  
 Y la de Yole, infame concubina.

Hiélanseme los miembros al pensarlo,  
 Y ofuscada la mente se horroriza;  
 La pluma se me escapa, y ambas manos  
 Lánguidas al regazo se deslizan.



Tambien á mí me amaste entre otras muchas,  
 Mas fue puro el amor que me tenias;  
 Y dos veces por mí (no te avergüences)  
 Las armas empuñó tu gallardia.

En su orilla Aqueloo, turbio rio  
 Truncadas vió sus armas retorcidas,  
 Y lloroso escondió su rota frente  
 En sus limosas y turbadas linfas.

Y Neso, mi raptor, fiero Centauro,  
 Cayó del rio Eveno en las orillas,  
 De tus flechas herido, enrojeciendo  
 Con su sangre las aguas cristalinas....

¿Mas, qué recuerdo ya? ¡golpe terrible!  
 Al escribir ¡ó dioses! la noticia  
 Me llega de su muerte...¿y quién la causa?  
 ¡O túnica fatal! su esposa misma.....

¡Miserá! qué es lo que hice? ¿á do insensata  
 Me arrebató de amor la llama activa?  
 ¡Bárbara Deyanira! ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¿Por ventura tu esposo en el Oeta  
 Yacerá consumido en la alta pira,  
 Y tú de tanto luto causadora  
 Querrás sobrevivir á sus cenizas?

Si aun algo puedo hacer que me acredite  
 Consorte que de Alcides no desdiga,  
 Es morir valerosa, y con mi muerte  
 Probar que soy su esposa amante y fina.

Así verás tambien, ó Meleagro, (na.  
 Que no es tu hermana de su hermano indig-  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Un invasor tirano ocupa el solio  
 De mis padres ¡ó misera familia!  
 Y á mi infelice padre despojado  
 Ya la cansada senectud fatiga.

Desterrado Tideo, hermano mio,  
 Vaga en ignotos y estrangeros climas:  
 Meleagro ardió vivo, cuando ardiera  
 El tronco en que su vida consistia.



Mi madre Altea con sus propias manos  
 Hundió en su seno la mortal cuchilla.  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¡O idolatrado Alcides! solamente  
 Una cosa mis ruegos te suplican,  
 Por nuestra santa union, jamás se crea  
 Que yo pude atentar contra tus dias.

Neso al mirar en su amoroso pecho  
 Tu saeta mortal clavada y fija:  
*Esta sangre, me dijo, hará que Alcides  
 Te torne á amar, si alguna vez te olvida.*

Con este solo fin, tinta en su sangre  
 La túnica mi amor te dirigia.  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Sí; vamos á morir. Padre querido,  
 ¡A dios por siempre! á dios, hermana mia;  
 A dios, amada pátria; á dios, Tideo,  
 Do quier que fugitivo errante vivas.

A dios, luz, que á mis ojos desdichados  
 Por la postrera vez alumbra y brilla:  
 ¡Hijo! á dios: dulce esposo... ¡ya no existe!  
 Pues su esposa infeliz tampoco exista...

